

San Alfonso M.^a de Ligorio

DIOS ES AMOR

APOSTOLADO MARIANO

Recaredo, 44
41003 Sevilla

CON LICENCIA ECLESIASTICA.

ISBN: 84.7770-239-X

D.L.: Gr. 330-2002

Impreso en España

PRIMERA PARTE

Del amor del Padre al crearnos

I. *Te he amado con amor eterno, por eso te atraigo con bondad.* Hijo mío, dice Dios, te amé desde la eternidad y por el amor que te tuve quise manifestarte mi misericordia, sacándote de la nada. Así, pues, cristiano mío, Dios fue, entre todos tus amadores, el primero en amarte. Tus padres fueron en la tierra los primeros que te amaron, pero no te amaron sino después de conocerte. Antes, empero, de que tuvieras el ser, ya eras amado de Dios. No existían todavía en el mundo tu padre ni tu madre, y ya Dios te amaba, y aun antes de que existiera el mundo, ya eras amado de Dios. Y ¿cuánto tiempo antes de crearse el mundo te amaba

Dios? ¿Quizás desde mil años o mil siglos antes? No hay por qué hablar de años ni de siglos. Dios te amó desde la eternidad: *Te he amando con amor eterno*. Te ha amado desde que es Dios; desde que se amó a sí mismo te amó a ti. Este pensamiento hacía exclamar a la virgen Santa Inés: «He sido prevenida por otro amador». Cuando las criaturas pedían su amor, respondíales: «No, criaturas, no puedo preferiros a mi Dios, que fue el primero en amarme, y es justo, por tanto, que en mi amor le prefiera a todos.»

Por tanto, hermano mío, Dios te amó desde toda la eternidad y sólo por amor te creó, pudiendo haber creado tantos millones de hombres en tu lugar, dejándoles a ellos en la nada y por amor te dio el ser y puso en el mundo.

II. DIOS PADRE CREÓ POR NUESTRO AMOR, Y PARA QUE NOS SIRVIERAN, A TODAS ESTAS ADMIRABLES CRIATURAS. — Después, por tu amor creó tantas otras hermosas criaturas para que te sirvieran y recordasen el amor que te tuvo, y que tú le debes por gratitud. «El cielo y la tierra, exclamaba San Agustín, y todo cuanto existe, me dice que te ame». Cuando el santo mi-

raba el sol, las estrellas, los montes, los mares y los ríos hacíasele que todo le hablaba y decía: «Agustín, ama a Dios, pues Él nos ha creado para ti y para que le ames». El abad Rancé, fundador de la Trapa, cuando veía colinas, fuentes y flores, decía que todas estas criaturas le recordaban el amor que Dios le había profesado. Santa Teresa decía igualmente que las criaturas le reprochaban su ingratitud para con Dios. Santa María Magdalena de Pazzi no acertaba a tener en la mano una hermosa flor o un fruto sin sentir como traspasado el corazón por otras tantas saetas de amor a Dios, diciendo para sí: «¿Conque mi Dios pensó desde toda la eternidad en crear esta flor y esta fruta por mí y para que yo le amase?».

III. DIOS PADRE NOS DIO A SU HIJO PARA RESCATARNOS, Y, MOVIDO POR AMOR ESPECIAL A NOSOTROS, NOS HIZO PARTICIPANTES DE SUS MÉRITOS. — Además, el Padre Eterno, viendo que por nuestros pecados estábamos condenados al infierno, impulsado por el amor que nos tenía, mandó a su Hijo a la tierra a morir en cruz para librarnos del infierno y llevarnos consigo al paraíso: *Tanto amó Dios al mundo, que en-*

tregó a su Hijo unigénito (Jn. 3,16); amor que el Apóstol llama extremado: Por el extremado amor con que nos amó, aun cuando estábamos nosotros muertos por los pecados, nos vivificó con la vida de Cristo (Ef. 2,4-5).

Considera, además, el amor especial que te tuvo al hacer que nacieras en país cristiano y en el gremio de la verdadera Iglesia, que es la católica. ¡Cuántos nacen entre gentiles, entre judíos, entre moros...! Considera que, entre este número de desgraciados, pequeño es el número, apenas la décima parte, de los que tienen la ventura de nacer en regiones en que reine la verdadera fe. ¡Don excelso e inmenso el de la fe! ¡Cuántos millones viven en la incredulidad, sin sacramentos, sin predicación sin buenos ejemplos, sin ninguno de los medios de salvación que existen en nuestra Iglesia para salvarse! Y el Señor quiso concedernos todos estos preciosos auxilios sin mérito alguno propio, y hasta previendo nuestros deméritos, porque, cuando pensaba en crearlos y en dispensarnos tales mercedes, preveía ya nuestros pecados y las injurias que le habíamos de hacer.

Amor del Hijo al redimirnos

I. AMOR DE JESUCRISTO CONSIDERADO EN GENERAL EN EL MISTERIO DE LA REDENCIÓN. — Peca Adán, nuestro primer padre, comiendo la fruta vedada, y es condenado el desgraciado a muerte eterna con todos nosotros, sus descendientes. Dios, viendo perdido al género humano, determina enviar un redentor para salvar a los hombres. ¿Quién obrará esta redención? ¿Será un ángel o un serafín? No, sino el mismo Hijo de Dios, sumo y verdadero Hijo de Dios, Dios como el Padre, es quien se brinda a bajar a la tierra para tomar carne humana y morir por la salvación de los hombres. ¡Oh estupor, oh prodigio del amor divino! «El hombre desprecia a Dios, escribe San Fulgencio, y se separa de Dios, y Dios baja a la tierra a buscar al hombre rebelde, por el amor que le tiene». Como nosotros no podíamos ir al Redentor, dice San Agustín, Él se dignó venir a nosotros. Y ¿por qué quiso Jesucristo venir a nosotros? Responde el mismo santo doctor que para darnos a comprender el amor que nos profesa.

II. DIVERSAS MANIFESTACIONES DE

ESTE AMOR. — *Se manifestó la bondad y amor de Dios a los hombres*, escribe el Apóstol. El texto griego lee: *El estupendo amor de Dios hacia los hombres*. San Bernardo escribe acerca de este mismo texto que antes de aparecer Dios en la tierra hecho hombre no podían los hombres llegar a comprender la grandeza de la divina bondad; por esto el Verbo eterno se revistió de carne humana, para que, viéndole los hombres semejante a ellos, se dieran cuenta de la grandeza de su amor a ellos, como dice San Bernardo explicando este texto de San Pablo: «Mientras no apareció la humanidad de Cristo, quedó oculta la bondad de Dios. En efecto, ¿cómo se nos mostró en toda su grandeza la divina bondad? El Verbo se encarnó precisamente para que merced a su humanidad se patentizara su benignidad».

1.º *Dios Hijo se hace hombre*. — Y, en realidad, ¿podía el Hijo del hombre darnos mayor prueba de amor y de ternura que hacerse hombre, es decir, hacerse gusano como nosotros para no vernos perdidos? ¿Qué cosa tan de maravillar fuera ver a un príncipe hecho gusano para salvar a los gusanos de su reino? Y ¿qué diremos al ver a un Dios hecho hombre como nosotros para

salvarnos de la muerte eterna? *Y el Verbo se hizo carne.* ¡Un Dios encarnado! Si no nos lo asegurara la fe, ¿quién lo podría creer? San Pablo añade: *Se anonadó a sí mismo, tomando forma de esclavo, hecho a semejanza de los hombres.* El texto griego, en lugar de *se anonadó*, dice *se despojó* dándonos con esto a entender el Apóstol que el que estaba lleno de majestad y poderío divinos quiso reducirse a la condición humilde y débil de la humana naturaleza tomando la forma, es decir, la naturaleza, de siervo y haciéndose semejante a los hombres hasta en la forma exterior como cualquier hombre vulgar; y, con todo, nota aquí San Juan Crisóstomo, no era Él hombre ordinario, sino hombre y Dios a la vez. San Pedro de Alcántara, oyendo cierto día que un diácono cantaba las palabras de San Juan: *Y el Verbo se hizo carne*, sintióse transportado, gritó fuertemente y voló en éxtasis por los aires a través de la Iglesia hasta ponerse a los pies del Santísimo Sacramento.

2.º *Pasa la vida entre aflicciones y dolores.* — No se contentó el Verbo encarnado con hacerse hombre por amor a los hombres, sino que quiso este Dios enamorado

vivir como el último, el más vil y el más afligido de los hombres, como ya lo había predicho el profeta: *No tiene apariencia ni belleza para que nos fijemos en Él...; varón de dolores y familiarizado con el sufrimiento.* Varón de dolores, sí, porque la vida de Jesucristo en la tierra estuvo llena de dolores. Fue criado por Dios expresamente para no vivir más que para el sufrimiento, y ello desde el nacimiento hasta la muerte.

3.º *Muere en cruz; manifestación que ha de excitar sobre todo nuestro amor.* — Vino entre los hombres para conquistarse su amor, como declaró Él mismo: *Fuego he venido a traer a la tierra, ¡y cuánto deseo que ya estuviera ardiendo!* Quiso al fin de su vida darnos las mayores pruebas del amor que nos tenía: *Como hubiese amado a los suyos que estaban en el mundo, los amó hasta el extremo.* De aquí que no sólo se humillara hasta morir por nosotros, sino que quisiera escogerse la muerte más amarga y afrentosa entre todos los géneros de muerte: *Se abatió a sí mismo, hecho obediente hasta la muerte, y muerte de cruz.* A los ojos de los judíos; morir en cruz equivalía a morir maldito y vituperado de todos: *Un colgado es objeto de maldición divina.*

Pues así quiso acabar la vida nuestro Redentor, muriendo avergonzado en la cruz, entre la tempestad de ignominias y de dolores que había predicho David: *He llegado hasta el fondo de las aguas, y las olas me anegan.*

4.º *Se da a cada uno de nosotros en la Sagrada Eucaristía.* — En esto hemos conocido la caridad, dice San Juan, en que Él dio su vida por nosotros. Y, a la verdad, ¿cómo pudiera Dios demostrarnos mejor su amor que muriendo por nosotros? Y ¿cómo será posible ver a un Dios muerto en cruz por nuestro amor y luego dejar de amarlo? *Porque el amor de Cristo nos apremia.* Con estas palabras nos da a entender San Pablo que lo que más nos apremia y fuerza a amar a Jesucristo no es tanto lo que hizo y padeció, sino el amor que con ello nos manifestó. *Por todos murió, para que los que viven no vivan ya para sí mismos, sino para Aquél que por ellos murió y resucitó.*

Más aún, para conquistar por completo nuestro amor, después de haber dado la vida por todos, quiso hacerse alimento de cada uno: *Tomad y comed: éste es mi cuerpo.* Y si la fe no nos lo enseñara, ¿quién lo pudiera creer?

Pero de este prodigio del amor divino en el Santísimo Sacramento hablaremos en otro capítulo, por lo que ahora pasaremos a explicar brevemente el punto tercero.

Amor del Espíritu Santo al santificarnos

I. EL ESPÍRITU SANTO, COMO DON DE AMOR DEL PADRE Y DEL HIJO, VIENE A NOSOTROS PARA INCENDIARNOS EL ALMA EN EL AMOR DIVINO. — El Padre Eterno, no contento con habernos dado a Jesucristo, su Hijo, para que nos salvase con su muerte, quiso darnos también el Espíritu Santo para que habitase en nuestras almas y las mantuviese continuamente incendiadas en santo amor. De aquí que Jesucristo, a pesar de todas las crueldades de los hombres con Él, olvidado de tanta ingratitud, después de su ascensión al cielo nos envió al Espíritu Santo para que con sus santas llamaradas nos incendiase en la divina caridad y obrara nuestra santificación. Por esto el Espíritu Santo, cuando bajó al Cenáculo, quiso aparecer en forma de lengua de fuego: *Y vieron aparecer lenguas como de fuego*. Por eso la Iglesia dirige aún a Dios esta plega-

ria: «Te rogamos, ¡oh Señor!, que nos inflame el Espíritu Santo con aquel fuego que nuestro Señor Jesucristo envió a la tierra, y en el que quiso incendiarnos». Éste fue el fuego sagrado que animaba a los santos a emprender grandes cosas por Dios, a amar a sus más crueles enemigos, a desear los desprecios, a despojarse de las riquezas y de los honores mundanos y hasta abrazarse alegremente con los tormentos y la muerte.

II. PARA UNIR NUESTRAS ALMAS A DIOS COMO UNE AL PADRE Y AL HIJO. — El Espíritu Santo es el lazo que une al Padre con el Hijo y el mismo que mediante el amor une nuestras almas con Dios, puesto que éste es el efecto del amor, como dice San Agustín: «La caridad es la virtud que une nuestras almas a Dios». Las cadenas del mundo son cadenas de muerte, en tanto que las cadenas del Espíritu Santo son cadenas de vida eterna, pues nos unen con Dios, que es nuestra verdadera y única vida.

III. PARA COMUNICARNOS SUS GRACIAS, MEDIANTE LAS QUE OBRAMOS EL BIEN, Y SOBRE TODO LA GRACIA DE LA ORACIÓN. — Recordemos también que somos

deudores al Espíritu Santo de cuantas luces, inspiraciones, llamadas divinas, hemos recibido; de los actos buenos que hemos ejecutado: de dolor de nuestros pecados, de confianza en la misericordia divina, de amor, de resignación, etc. Añade el Apóstol: *Y asimismo, también el Espíritu acude en socorro de nuestra flaqueza. Pues qué hemos de orar, según conviene, no lo sabemos; mas el Espíritu mismo interviene a favor nuestro con gemidos inefables* (Rm. 8,26). De modo que del Espíritu Santo proviene también la gracia de orar, y de orar bien, pues nosotros hasta ignoramos lo que habemos de pedir a Dios para salvarnos, y el Espíritu Santo es felizmente quien nos enseña a rogar.

PERORACIÓN: 1.º *Exhortación al amor de Dios.* — En una palabra, que toda la Santísima Trinidad quiso mostrarnos el amor que nos profesa Dios para que nosotros respondamos agradecidos con nuestro amor. San Bernardo decía: «Cuando ama Dios, lo único que pretende es ser amado». Justo es, por tanto, que amemos al Dios que fue el primero en amarnos y en obligarnos a amarlo con tanto género de finezas: *Nosotros amemos, porque Él*

primero nos amó. ¡Gran tesoro el del amor!; más aún: tesoro infinito porque nos granjea la amistad de Dios: Tesoro inagotable es para los hombres, y los que se hacen con él estrechan su amistad con Dios.

2.º Para ello, renunciemos a las criaturas. — Para poseer este precioso tesoro se impone que desprendamos del corazón todas las cosas terrenas. Santa Teresa escribía: «Despegue el corazón de todas las cosas, y busque y hallará a Dios». En el corazón lleno de tierra no halla lugar el amor divino. Pidamos, pues, siempre al Señor en nuestras oraciones, comuniones y visitas al Santísimo Sacramento que nos dé su santo amor, que acabará por hacernos perder el afecto a las cosas terrenas. «Cuando se quema la casa, decía San Francisco de Sales, arrójanse todos los muebles por las ventanas», con lo que nos quería dar a entender que el alma inflamada en el amor de Dios por sí misma se desprende de las cosas creadas. Y el P. Pablo Séñeri, el joven, solía decir que el amor divino es ladrón que se da maña para despojarnos de todos los afectos terrenos y nos hace repetir: «¿Qué más querría yo sino a Vos solo, Dueño mío?».

3.º El amor divino nos ayudará a sobre-

ponernos a todas las criaturas. — Fuerte como la muerte es el amor. Es decir, que así como no hay fuerza creada que resista a la muerte cuando ha sonado su hora, así para el alma amante de Dios no hay dificultad que no supere el amor. Cuando se trata de agradar al amado, el amor lo vence todo: dolores, pérdidas, humillaciones. «Nada hay tan duro, decía San Agustín, que no ceda al fuego del amor». Este amor hacía que los mártires, en medio de los tormentos, en los potros, en las parrillas ardientes, se alegraran y diesen gracias a Dios por hacerles participantes de sus sufrimientos, en lo que veían una señal del amor que los tenía. Y otros santos, cuando faltaban los tiranos que los atormentasen, ellos mismos se hacían tiranos de sí mismos agradando a Dios con los ayunos, mortificaciones y penitencias. Escribe San Agustín que, al hacer lo que se ama, no se experimenta trabajo, y si se experimenta se ama ese trabajo.

¡Cuán grande es el amor que nos manifestó Jesucristo!

I. EN SUS SUFRIMIENTOS Y EN SU MUER-

TE. 1.º *El amor fue la finalidad de sus sufrimientos.* — Dice San Agustín que Jesucristo vino a la tierra, para que el hombre conociera cuánto le amaba Dios. Vino, pues, para demostrarnos el inmenso amor que nos tiene su corazón, y se nos dio por completo, sometiéndose primero a todas las penalidades de esta vida, luego a la flagelación y a la coronación de espinas, como a todos los dolores e ignominias de la pasión, para terminar, finalmente, la vida abandonado de todos en el lecho infame de la cruz: *Nos amó y se entregó a sí mismo por nosotros.*

2.º *Sus sufrimientos son la prueba de este amor.* — Muy bien pudo Jesucristo salvarnos sin morir en la cruz y aun sin padecer. Para redimirnos, bastábale una sola gota de su sangre, una sencilla súplica dirigida al Eterno Padre, pues, con ser de infinito precio, bastaba para salvar al mundo y a miles de mundos; pero no, dice San Juan Crisóstomo, «lo que era suficiente a nuestra redención no era suficiente a su amor». Por lo tanto, para demostrarnos lo que nos amaba, no derramó parte tan sólo de su sangre, sino toda entera a puros tormentos. Esto significan las palabras de la noche anterior a su muerte: *Ésta es mi sangre de la alian-*

za, que por muchos es derramada. La palabra *es derramada* denota que la sangre de Jesucristo en su pasión fue derramada por completo hasta la última gota, que por eso, cuando al expirar el Señor le abrió Longinos el costado con la lanza, salió sangre y agua, en prueba de que eran las últimas gotas de sangre que quedaban; de modo que Jesucristo pudo salvarnos sin padecer, y, sin embargo, se abrazó con una vida colmada de penalidades y quiso morir con la muerte cruel y afrentosa de cruz: *Se abatió a sí mismo, hecho obediente hasta la muerte, y muerte de cruz* (Fil. 2,8).

3.º *No podía mostrarnos mayor amor. — Mayor amor que éste nadie le tiene: dar uno la vida por sus amigos* (Jn. 15,13). ¿Qué más podía hacer el Hijo de Dios para demostrarnos su amor que morir por nosotros? ¿Qué más puede hacer el amigo que morir por su amigo? Dime, hermano mío, si un criado tuyo, si el hombre más vil de la tierra hubiera hecho por ti lo que realmente hizo Jesucristo, muriendo de dolor en una cruz, ¿podrías recordarlo sin amarle?

Diríase que San Francisco de Asís no sabía pensar más que en la pasión de Jesucristo, y pensando en ella lloraba continua-

mente, hasta el punto de que por tantas lágrimas quedó casi ciego. Le hallaron un día llorando a las plantas del crucifijo y gimiendo a grandes voces; preguntada la causa de tanto gemir y llorar, respondió: «Lloro los dolores y las ignominias de mi Señor; y lo que más me hace llorar es que los hombres, por quienes tanto padeció, no lo quieren meditar».

Si se te ocurriera dudar, cristiano, si te ama o no Jesucristo, levanta los ojos y míralo pendiente de la cruz. ¡Ah!, exclamaba Santo Tomás de Villanueva, ¡qué pruebas del amor que nos tuvo son la cruz en que está clavado, los dolores interiores y exteriores que padece y la muerte amarguísima que soporta! ¿No oyes, preguntaba San Bernardo, cómo claman la cruz y las llagas para que oigas cuán verdaderamente te ha amado?

II. EN SÍ MISMO. — Dice San Pablo que no tanto la flagelación, la coronación de espinas, el camino doloroso del Calvario, la agonía de tres horas en la cruz y todos los demás sufrimientos de bofetadas, golpes, salivazos y demás injurias que padeció Jesucristo nos deben mover a amarlo cuanto el amor que nos mostró en querer padecer

tanto por nosotros. Este amor, dice el Apóstol, no sólo nos obliga, sino que en cierto sentido nos fuerza y violenta para que amemos a un Dios que tanto nos amó: *El amor de Cristo nos apremia*. San Francisco de Sales comenta así este texto: «Sabiendo que Jesucristo, verdadero Dios, nos amó hasta sufrir por nosotros muerte, y muerte de cruz, ¿no equivale a tener nuestros corazones prensados y sentirlos oprimidos por esa fuerza para que expriman el amor con una violencia que es a la vez fuerte y amable?».

1.º *Se manifestó por el deseo que tenía de morir por nosotros*. — Tal fue el amor en que se abrasaba por nosotros el enamorado corazón de Jesucristo, que no sólo quiso morir por nosotros, sino que durante toda su vida suspiró ardientemente por el día en que había de ir a la muerte por nuestro amor. Por esto mientras vivía no cesaba de repetir: *Con bautismo tengo que ser bautizado, ¡y qué angustias las mías hasta que se cumpla!* Habré de ser bautizado en mi pasión con el bautismo de mi propia sangre para lavar los pecados de los hombres, *¡y qué ansias las mías hasta que se cumpla!*, y ¡cómo me aguija, comenta San Ambrosio, el deseo de que llegue pronto el día de mi

muerte! Por esto en la noche anterior a su pasión decía a sus discípulos: *Con deseo deseé comer esta pascua con vosotros antes de padecer* (Lc. 22,15).

2.º *Este deseo fue llevado hasta el extremo.* — «Vimos, exclama San Lorenzo Justiniano, vimos al Hijo de Dios, a la misma Sabiduría, bajar hasta la locura por el excesivo amor que tuvo a los hombres». Esto precisamente es lo que decían los gentiles cuando se les predicaba la muerte de Jesucristo por amor a los hombres, pues la tomaban como una locura imposible de creerse; y por eso exclamaba el Apóstol: *Nosotros predicamos un Cristo crucificado: para los judíos, escándalo; para los gentiles, necedad* (1Cor. 1,23). Y en realidad, se decían, ¿cómo creer en un Dios felicísimo en sí mismo y sin necesidad de nadie que se haya querido encarnar y morir por amor de sus criaturas los hombres? Esto sería igual, añadían, que creer en un Dios enloquecido por amor a los hombres. «Pareció cosa de locura, dice San Gregorio, que el autor de la vida muriese por los hombres». Y, con todo, a pesar de lo que piensen y digan los paganos, es de fe que el Hijo de Dios quiso derramar toda su sangre para con

ella hacer un baño que lavase nuestras almas de sus pecados: *Nos ama y nos rescató de nuestros pecados con su sangre*. Razón tenían los santos para sentirse como anonadados de estupor al considerar el amor de Jesucristo. San Francisco de Paula, a la vista del crucifijo, no cesaba de exclamar: «¡Oh amor! ¡Oh amor! ¡Oh amor!».

III. AMOR CONSIDERADO EN LA SAGRADA EUCARISTÍA, DON SUPREMO DEL AMOR. — *Como hubiese amado a los suyos que estaban en el mundo, los amó hasta el extremo*. Este amante Señor no se contentó con mostrarnos su amor muriendo por nosotros en cruz, sino que al fin de su vida quiso además dejarnos su misma carne por alimento de nuestras almas y de esta manera unirse a nosotros, exclamando: *Tomad, comed: éste es mi cuerpo*. Pero de este otro exceso de amor hablaremos en otra ocasión cuando tratemos más detenidamente del Santísimo Sacramento del altar. Pasemos ahora al punto 2.º.

Cuán obligados estamos a devolverle amor por amor

I. ESTA OBLIGACIÓN ES JUSTA: AMOR POR AMOR. — Quien ama quiere ser amado: San Bernardo dice: «Dios con su amor no quiere más que ser amado», y antes lo había dicho el mismo Redentor: *Fuego vine a poner en la tierra, ¡y cuánto deseo que ya estuviese ardiendo!* Yo, dice Jesucristo, vine a la tierra para encender en los corazones de los hombres el fuego santo del amor divino y no anhelo más que se propague. Lo único que Dios quiere de nosotros es que le amemos, y por eso la Iglesia nos manda dirigir a Dios esta oración: «Te rogamos, ¡oh Señor! que nos inflame el Espíritu Santo con aquel fuego que nuestro Señor Jesucristo envió a la tierra, y en que quiso incendiarnos». Y ¡qué no hicieron los santos inflamados en aquel fuego! Lo abandonaron todo, delicias, honores, riquezas, cetros, para preocuparse solamente de abrazarse en esta feliz hoguera.

II. ESTA OBLIGACIÓN ES POSIBLE PARA TODOS. — Acaso me preguntes qué es lo que has de hacer para abrasarte en el amor

de Jesucristo... Haz lo que hacía David: *En mi meditación se encendió un fuego*. La meditación es la dichosa hoguera en que se enciende este feliz fuego del amor divino. Ten diariamente oración mental, pensando en la pasión de Jesucristo, y no dudes de que te encenderás en esta feliz hoguera.

III. ESTA OBLIGACIÓN ESTÁ IMPUESTA A TODOS. — San Pablo dice que Jesucristo quiso morir por nosotros para apoderarse de nuestros corazones: *Para esto cristo murió y retornó a la vida, para que así de los muertos como de los vivos tenga señorío*. Quiso dar la vida por todos los hombres, sin excluir a ninguno, escribe el mismo Apóstol, para que ninguno viva ya para sí mismo, sino para el Dios que quiso morir por él: *Por todos murió, para que los que viven no vivan ya para sí mismos, sino para Aquél que por ellos murió y resucitó* (2 Cor. 5,15).

I.º *La mayoría de los hombres no aman a Jesucristo, y la razón es porque no meditan en su pasión ni en su amor*. — A la verdad que para responder dignamente a este amor de nuestro Dios se necesitaría que otro Dios muriese por Él, como murió Jesucristo por nosotros. Pero tenemos que exclamar:

¡Oh ingratitud humana! Un Dios quiso dar la vida por la salvación de los hombres, y los hombres se niegan a pensar en este Dios. Si todos pensarán a menudo en la pasión del Redentor y en el amor que les ha demostrado, ¿cómo podrían dejar de amarle de todo corazón? Quien considera con viva fe a Jesucristo clavado con tres clavos en un patíbulo infame, oye cómo las llagas de Jesús le dicen: *Amarás al Señor tu Dios con todo tu corazón, con toda tu alma y con toda tu mente...* Ama, hombre, ama a tu Dios y Señor, que tanto te ha amado. ¿Y quién podrá resistir a tan tiernas llamadas? Dice San Buenaventura que las llagas de Jesucristo son flechas que traspasan los más duros corazones, y flechas inflamadas, que encienden las más frías almas.

«¡Oh si conocieras el misterio de la cruz!», decía el Apóstol San Andrés al tirano que pretendía hacerle renegar de Jesucristo. Que era como decirle: ¡Oh tirano, si conocieras el amor que te manifestó Jesucristo muriendo en la cruz para salvarte, no te cansarías en persuadirme que renegara de Él, sino que tú mismo abandonarías cuanto tienes para consagrarte del todo al amor de Jesucristo.

PERORACIÓN: I.º *Exhortación a meditar diariamente en la pasión de Jesucristo.* — Termino, amadísimos oyentes, recomendándoos que de hoy en adelante meditéis a diario en la pasión de Jesucristo; me contentaría con que lo hicierais al menos por espacio de quince minutos. Hacedos todos con un hermoso crucifijo que presida vuestra habitación y al que de vez en cuando echéis una mirada, diciéndole: «Vos Jesús mío, habéis muerto por mí, y yo aun no os amo». Si un amigo padece por otro injurias, golpes y cárceles, alégrase cuando el amigo lo recuerda y se complace en que lo recuerde y piense y hable de ello con agradecimiento. Y ¡qué dolor experimenta si el amigo no piensa en sus sacrificios ni siquiera quiere oír hablar de ellos!

2.º *Consuelo que proporcionará en la hora de la muerte la devoción que durante la vida se haya tenido a los dolores y muerte de Jesucristo y a los dolores de la Santísima Virgen María.* — ¡Cuánto nos consolarán en la hora de la muerte los dolores y la muerte de Jesucristo si durante la vida los meditamos asiduamente con amor! No aguardemos a que en la hora de la muerte nos pongan en la mano el crucifijo y nos

recuerden lo que Jesucristo padeció por nosotros; abracémosle ya desde ahora y estrechémosle siempre contra el pecho para que podamos vivir y morir con Él. Quien es devoto de la pasión del Señor, no puede dejar de serlo de los dolores de María, dolores que también consolarán en la hora de la muerte. ¡Hermosa meditación la de Jesús en la cruz! ¡Hermosa muerte abrazando a Jesús crucificado y aceptando la muerte por amor de aquel Dios que murió por nuestro amor!

Cómo hemos de amar a Dios

I. LA AMABILIDAD DE LAS PERFECCIONES DIVINAS. — ¿Podía Dios ofrecer a nuestro amor nada más noble, más grande, más poderoso, más rico, más hermoso, más agradecido, más amable y más amante que Él mismo?

¿Quién más noble que Dios? Hay quienes se ufanan de la nobleza de su cuna, que remontan a quinientos o a mil años, al paso que la nobleza de Dios se remonta a toda la eternidad.

¿Quién más grande que Dios, soberano Señor de todas las cosas? Ante Él, ¿en qué

se truecan los ángeles y los más encumbra-
dos nobles de la tierra? *Como gotas de un
cubo y como polvillo en la balanza.*

¿Quién más poderoso que Dios? Puede
todo lo que quiere. Para crear el mundo le
bastó un solo gesto de su voluntad, y otro
solo gesto de su voluntad le bastaría para
destruirlo.

¿Quién más rico que Dios? En Él están
todas las riquezas del cielo y de la tierra.

¿Quién más hermoso que Dios? Ante la
hermosura divina eclípsanse todas las de-
más hermosuras.

¿Quién más generoso que Dios? Dios,
dice San Agustín, desea más dispensarnos
sus bienes que nosotros recibirles.

¿Quién más misericordioso que Dios?
Por miserable que sea el pecador, desde el
punto en que se humilla ante Dios y se arre-
piente de sus pecados, alcanza el perdón de
Dios, que sella al punto las paces.

¿Quién más agradecido que Dios? Nada
de cuanto por Él hacemos queda sin recom-
pensa.

*Conclusión: la alegría de los santos se
cifra en amar a Dios; el suplicio de los con-
denados, en no poder amarle. — ¿Quién
más amable que Dios? Tan amable es, que*

los santos del cielo, con sólo verlo y amarlo, disfrutaban de tamaño gozo, que los hace plenamente felices por toda la eternidad. Y aquí estriba la mayor pena de los condenados: conocer la infinita amabilidad de Dios y experimentar que no lo podrán amar.

II. EL AMOR DE DIOS HACIA NOSOTROS. — ¿Quién, finalmente, nos amó más que Dios? En la antigua ley podía el hombre dudar si Dios lo amaba con amor tierno; mas después de haberlo visto morir en cruz, ¿cómo dudaremos de que nos amó con toda ternura y afecto? Levantemos los ojos y miremos a Jesús, verdadero Hijo de Dios, pendiente de clavos en un patíbulo, y comprendemos hasta dónde le ha llevado el amor que nos tenía. Aquella cruz, aquellas llagas, exclama San Bernardo, nos gritan y proclaman cuán verdaderamente nos amaba. Y ¿qué más haría para darnos a comprender el amor excesivo que nos tenía sino vivir treinta años en el sufrimiento y morir luego de dolores en un patíbulo infame para lavar con su sangre nuestros pecados? *Nos amó y se entregó a sí mismo por nosotros. Nos ama y nos rescató de nuestros pecados con su sangre.*

Conclusión: le debemos amor por amor.

— San Felipe Neri se preguntaba: «¿Cómo es posible creer en Dios y amar cosas que no son Dios?» Santa María Magdalena de Pazzi, pensando en el amor que Dios tiene a los hombres, púsose cierto día a tocar la campana diciendo que quería citar a todo el mundo para que amara a un Dios tan amante. Esto hacía llorar a San Francisco de Sales cuando decía: «Para amar a nuestro Dios habría que tener en el corazón un amor infinito, y, a pesar de ello, aun el poco amor que tenemos lo damos a viles y miserables criaturas».

III. VENTAJAS QUE NOS PROCURA EL AMOR DE DIOS. — ¡Preciosa cosa es el amor que nos enriquece del mismo Dios! *Tesoro inagotable es para los hombres, y los que se hacen con él estrechan su amistad con Dios.* Una sola cosa debíamos temer, dice San Gregorio Niseno, y es el vernos privados del amor de Dios, y una sola cosa debíamos desear, el hacernos con la amistad de Dios.

1.º *La amistad de Dios e inhabitación de la Santísima Trinidad.* — Para que Dios nos otorgue su amistad se necesita que, en primer lugar, le amemos, por lo que San Lorenzo

Justiniano escribía que mediante el amor el pobre se enriquece, y sin amor se empobrece el rico. ¡Cuánto disfruta el hombre que se siente amado por un gran Señor! Y ¡cuánto mayor consuelo ha de tener al pensar que es amado de Dios! *Yo amo a quienes me aman.* En el alma que ama a Dios habita toda la Santísima Trinidad. *Si alguno me amare, guardará mi palabra, y mi Padre le amará, y a él vendremos y en él haremos mansión.* Escribe San Bernardo que la caridad es, entre todas las virtudes, la que más nos une a Dios. El amor, decía Santa Catalina de Bolonia, es cadena de oro que estrecha nuestra alma con Dios. Y San Agustín había dicho: «El amor es lazo que une al amante con el amado». Si Dios no fuera inmenso y no se hallara en todas partes, ¿adónde iríamos a disfrutar de su presencia? Buscaríamos un alma que le amase, y ciertamente lo encontraríamos en ella, como lo asegura San Juan: *Quien permanece en el amor, en Dios permanece y Dios con él.* El pobre suspira por las riquezas, pero no por ello las llega a poseer; deseará ser rey, pero no por eso llegará a serlo; pero, si quiere poseer a Dios, puede alcanzarlo mediante la caridad: *En Dios permanece, y Dios en él.*

2.º *Todas las virtudes que acompañan a*

la divina caridad. — Santo Tomás nos enseña que el resto de las virtudes va en pos de la caridad; todas le siguen, y ella las gobierna para fortificar nuestra unión con Dios. Por eso San Lorenzo Justiniano llamaba a la caridad *madre de las virtudes*, puesto que de ella provienen todas. De aquí que también San Agustín exclamase: «Ama y haz lo que quieras». Quien ama a Dios es imposible que obre mal, y si obra mal es señal de que ha dejado de amarle. Y cuando se ha dejado de amar a Dios, de nada vale ya todo lo demás, como dice el Apóstol: *Si repartiere todos mis haberes y si entregare mi cuerpo para ser abrasado, mas no tuviere caridad, ningún provecho saco* (1Cor. 13,3).

3.º *El alivio de todas las penas de la vida que el alma acepta y trueca en méritos para el cielo.* — Además, con el amor de Dios no se sienten las penalidades de esta vida. Acontece, dice San Buenaventura, como con la miel, que endulza lo más amargo. Cuando el alma ama a Dios y sufre por Dios, ¡qué suavidad experimenta al decirse: Al abrazar voluntariamente este sufrimiento agrado a Dios; además, todas las penalidades de la vida presente constituirán

un día el más bello ornato de mi corona en el cielo! ¿Quién no aceptará, pues, en pos de Jesucristo, el sufrimiento y hasta la muerte? Él va delante de nosotros, invitándonos a seguirle de cerca con aquellas palabras: *Si alguno quiere venir en pos de mí, niéguese a sí mismo y tome a cuestras su cruz y sígame.* He aquí lo que Él quería obtener de cada uno de nosotros cuando por nuestro amor se humilló hasta padecer ignominiosa muerte de cruz: *Se abatió a sí mismo, hecho obediente hasta la muerte, y muerte de cruz.*

Qué tenemos que hacer para amarle de todo corazón

Introducción sobre la felicidad y obligación de amar a Dios. — Dice Santa Teresa que Dios hace grande favor al alma llamándola a su amor. Por tanto, ya que Dios nos llama a amarlo, agradezcámoselo y amémosle con todo nuestro corazón. Porque Él nos ama mucho, quiere también que le amemos igualmente, escribe San Bernardo. Para este fin bajó a la tierra el Verbo eterno, para inflamarnos en su divino amor,

como Él mismo dijo, y añadió que no había venido más que para encender el fuego del amor divino en nuestros corazones. Veamos, pues, ahora lo que tenemos que hacer y medios que hemos de adoptar para llegar a amar a Dios de todo corazón.

1.º *Evitemos todo pecado deliberado.* — En primer lugar, evitemos todo pecado deliberado, mortal o venial, porque el Señor dijo: *Si alguno me amare, guardaré mi palabra.* La primera señal del amor es procurarse de no dar el más mínimo disgusto al amado. ¿Cómo podrá decir que ama a Dios de todo corazón quien no teme dar a sabiendas disgustos a Dios, aunque no fuesen sino ligeros? Santa Teresa decía que hay que huir de toda falta deliberada, por pequeña que fuere: «Mas pecado muy de advertencia, son sus palabras, por muy chico que sea, Dios nos libre dél». Dirá alguien que el pecado venial es poco mal. Y ¿qué?, ¿será poco mal disgustar a un Dios tan bueno y que nos ama tanto?

2.º *Deseemos ardientemente amar a Dios.* — Para amar a Dios de todo corazón es necesario, en segundo lugar, desear ardientemente amarle. Los santos deseos son alas que nos hacen volar a Dios, por-

que, como dice San Lorenzo Justiniano, el buen deseo nos da fuerzas para caminar adelante y hace más llevadero el camino hacia Dios, en el cual, como enseñan todos los maestros de la vida espiritual, no adelantar es retroceder. Además, cuando se busca a Dios se le encuentra: *Bueno es Yahveh para el alma que le busca*. Él colma de sus bienes a quien lo busca por amor: *Llenó de bienes a los hambrientos*.

3.º *Resolvámonos a tender al perfecto amor de Dios*. — Tomemos también la resolución de tender al perfecto amor de Dios. Algunos desean ser todo de Dios, pero no se resuelven a adoptar los medios a ello conducentes. De estos tales habla el Sabio al decir: *Los deseos del perezoso le matan*. Quisiera santificarme, dicen; quisiera dejarlo todo por Dios, y, entre tanto, no dan un paso adelante. El demonio, decía Santa Teresa, «ha gran miedo a ánimas determinadas». Mientras no se tome en verdad la resolución de darse del todo a Dios, continuarán tan imperfectas como siempre. Por el contrario, decía Santa Teresa que lo que Dios quiere es tan sólo sincera resolución de santificarse, y Él hará el resto. Quien quiera, por tanto, amar a Dios de todo co-

razón, resuélvase a hacer lo que sea de mayor agrado suyo, sin reservas, y ponga presto manos a la obra: *Todo lo que puedas hacer, con tu fuerza, hazlo*. Lo que puedas hacer hoy, no lo dejes para mañana, sino hazlo lo más presto que te sea dable.

Una monja llamada sor Buenaventura vivía vida tibia en su monasterio romano de Torre de los Espejos; llamóla Dios en el curso de unos ejercicios espirituales a su perfecto amor, y se resolvió a corresponder al punto al llamamiento divino, y así dijo resuelta a su director espiritual: *Padre, me quiero santificar y santificarme al instante*. Y así lo hizo, porque, concurriendo Dios con su gracia, vivió en adelante y murió como una santa. Resolvámonos, pues, y resolvámonos pronto a santificarnos, poniendo para ello cuanto podamos.

II. MEDIOS QUE HAY QUE EMPLEAR PARA AMAR A DIOS PERFECTAMENTE: 1º. *El desasimiento completo*. — El primer medio ha de ser el desasimiento de todo lo creado y arrancar del corazón todo afecto que no sea por Dios.

Los antiguos padres del desierto preguntaban a los que solicitaban agregarse a su

compañía: «¿traes el corazón vacío para que lo pueda llenar el Espíritu Santo?» Si no se saca la tierra del corazón, no podrá Dios entrar en él. Santa Teresa decía: «Despegue el corazón de todas las cosas y busque y hallará a Dios». A pesar de que los romanos, como dice San Agustín, adoraban treinta mil dioses, el senado rehusó admitir a Jesucristo entre el número de los dioses del imperio porque exigía que se le adorase a Él solo, lo que se les hacía algo soberbio. Efectivamente, Dios quiere poseer todo nuestro corazón, y por eso da en extremos de celo, como dice San Jerónimo: «Celoso es Jesús», y he aquí que en el amor no admite rivales. Por esto, comparando la esposa a un jardín, se lee en el Cantar de los Cantares: *Huerto cerrado eres, hermana mía, esposa*. Por tanto, el alma que quiera ser toda de Dios ha de estar cerrada a todo otro amor que no sea el de Dios.

2.º *Recta intención*. — El Esposo divino, dirigiéndose a la Esposa, le dice: *Me robaste el corazón, hermana mía, esposa; me robaste el corazón con una sola mirada de tus ojos*. Este ojo único significa el único fin que el alma fiel se propone conseguir en todos sus pensamientos, en todas sus obras,

y que no es otro que el de agradar a Dios. Los mundanos, por el contrario, a las veces en sus obras de piedad tienen diversos fines e intereses propios, para satisfacción de otros o satisfacción propia; los santos no miran más que al gusto de Dios y, vueltos a Él, dícenle: *¿Quién sino Tú hay para mí en los cielos?; y si contigo estoy, la tierra no me agrada. Desfallece mi carne y mi espíritu, es de mi corazón roca, y parcela mía Dios para siempre.* Así también debemos obrar nosotros si queremos santificarnos. «¡Qué!, exclama San Juan Crisóstomo, tienes el insigne honor de agradar con esta obra a Dios, y ¿desearás más recompensa que ésta?». ¿Puede, en efecto, la criatura tener más honra que la de agradar a su Creador? Por eso, en cuanto deseemos o en cuanto hagamos, no debemos buscar más que a Dios.

Un piadoso solitario llamado Zenón andaba por el desierto absorto en Dios, y acertó a encontrarse con el emperador Macedonio, que iba de caza; preguntóle el emperador qué es lo que iba haciendo, y el solitario le respondió: «Vos vais a caza de animales, pero yo voy tan sólo a caza de Dios». San Francisco de Sales decía: «El puro amor de Dios consume cuanto no es Dios».

3.º EL AMOR GENEROSO Y SIN RESERVA.

— Además, para amar a Dios con todo el corazón hay que amarlo sin reserva. Cualidades de este amor.

Amor de preferencia. — Amarlo con *amor de preferencia*, es decir preferirlo a cualquier otro bien, resueltos a perder mil veces la vida antes que la gracia de Dios, exclamando con San Pablo: *Seguro estoy que ni muerte ni vida, ni ángeles ni principados, ni cosas presentes ni futuras, ni poderíos ni altura ni profundidad, ni otra alguna criatura será capaz de apartarnos del amor de Dios, que está en Cristo Jesús Señor nuestro* (Rm. 8,38).

Amor de benevolencia. — Amarlo con *amor de benevolencia*, deseando verlo amado de todos; por eso, quien ama a Dios debe afanarse en cuanto en su mano esté por hacer que este divino amor prenda en todos los corazones, o al menos ha de rogar al Señor por la conversión de cuantos no le aman.

Amor de ternura. — Hay que amarlo, además, con *amor de ternura*, sintiendo desgarrado el corazón por el disgusto que el pecado causa a Dios más que por todos los males que nos pudieran afligir.

Amor de unión. — Amarlo con *amor de unión*, que es el principal oficio del amor: unir la voluntad de los amantes con la de Dios, diciéndole: «Señor, ¿qué quieres de mí?; todo lo quiero hacer; yo no quiero nada sino sólo lo que vos queráis». Démonos frecuentemente a Dios sin reserva, para que haga de nosotros y de nuestras cosas lo que le plazca.

Amor de sufrimiento. — Éste es el amor que hace conocer a los verdaderos amadores de Dios: *Fuerte como la muerte es el amor.* Escribe San Agustín: «Nada tan duro que no pueda vencer el amor». Porque, prosigue el santo, «no se siente fatiga en hacer aquello que se ama, y si se siente se la halla agradable». San Vicente de Paúl decía también: «El amor se mide por el deseo que se tiene de sufrir y ser humillado por el beneplácito de Dios». Demos gusto a Dios y luego venga la muerte. Piérdase todo y no se desagrade a Dios. Dejémoslo todo para ganarlo todo. «Todo por todo», como escribía Tomás de Kempis.

Amor con la donación entera de nosotros mismos. — Ésta es la razón por la que no nos santificamos, porque no nos damos del todo a Dios. Digámosle, pues, con la Es-

posa de los Cantares: *Mi amado es mío y suya yo*. Dice San Juan Crisóstomo: «Cuando el alma se resuelve por fin a darse del todo a Dios, ¿qué le importan las humillaciones y los sufrimientos, qué todas las cosas creadas? Como no halla descanso en nada terreno, busca sin cesar al amado y en tal encuentro pone todo su empeño».

PERORACIÓN. *Tres prácticas de piedad necesarias*. — 1.º Tres cosas o prácticas de piedad son necesarias para atraer y conservar en nosotros el amor divino: la meditación, la comunión y la oración.

La meditación. — Quien medita poco, ama poco: *En mi meditación se encendió un fuego*. La meditación es la hoguera feliz en que se enciende y se acrecienta el amor de Dios y especialmente la meditación de la pasión de Jesucristo: *Me condujo a la sala del convite enarbolando sobre mí el pendón del amor*. No bien introducida el alma en esta misteriosa sala del convite, bástale mirar a Jesucristo muerto en cruz por ella para sentirse penetrada y como embriagada de celestial amor. En efecto, como dice San Pablo: *Por todos murió, para que los que viven no vivan ya para sí, sino para aquél que*

por ellos murió y resucitó (2Cor. 5,15).

2.º *La comunión.* — La comunión es la otra feliz hoguera que nos inflama en divino amor. San Juan Crisóstomo escribía: «La Eucaristía es el ardiente carbón que nos abrasa, de suerte que nos transformamos en otros tantos leones y nos retiramos de tal mesa respirando fuego, terrible, por ende, a los demonios».

3.º *La oración.* — Lo que necesitamos, sobre todo, es la oración, mediante la cual dispensa Dios a todos sus dones, y en especial los dones de su amor. Pidamos, pues, a diario y frecuentemente que Dios nos conceda la gracia de amarlo de todo corazón. Para concedernos su gracias, decía San Gregorio Niseno, quiere que le roguemos, que le hagamos violencia y que le vencamos de algún modo con nuestras importunidades.

Rogar a Jesucristo y a la Santísima Virgen María. — No nos olvidemos de pedir a Jesucristo que nos conceda su santo amor. Pidámoselo también a su divina Madre, la Santísima Virgen María, porque ella es la tesorera de todas las gracias, como la llama el sabio Idiota, y por ella, como dice San Bernardino de Siena, se dispensan los dones y todas las gracias.

SEGUNDA PARTE

Cuánto merece Dios ser amado

Dios es la plenitud de todos los bienes, de todas las gracias, de todas las perfecciones.

Dios es infinito, Dios es eterno, Dios es inmenso, Dios es inmutable.

Dios es poderoso, Dios es sabio, Dios es prudente, Dios es justo.

Dios es misericordioso, Dios es santo, Dios es hermoso, Dios es resplandeciente, Dios es rico, Dios lo es todo.

Es, por consiguiente, dignísimo de amor; pero ¡de qué amor!

* * *

Dios es infinito: Da a todos, sin recibir absolutamente nada de nadie. Todo cuanto tenemos lo tenemos de Dios; mientras que Dios nada tiene de nosotros. —*Tú eres mi Dios* —le dice el Salmista—, y *ninguna necesidad tienes de mis bienes* (Sal. 15,1).

Dios es eterno: Ha sido siempre, y siempre será. Nosotros contamos los días y años de nuestra existencia; pero Dios ni tuvo principio, ni tendrá nunca fin: —*Mas Tú eres siempre el mismo, y tus años no tendrán fin* (Sal. 101,28).

Dios es inmenso, y lo llena todo con su soberana presencia: Cuando nosotros estamos en un punto no podemos estar en otro; pero Dios está en todas partes: en el cielo, en la tierra, en el amar, en el fondo de los abismos, dentro y fuera de nosotros: *Y ¿adónde huiré yo que me aleje de tu espíritu? Y ¿adónde huiré que me aparte de tu presencia? Si subo al cielo, allí estás Tú; si bajo a los abismos, allí te encuentro* (Sal. 138,7).

Dios es inmutable: Todo lo que eternamente ha querido, lo quiere y lo querrá siempre: —*Yo soy el Señor, y en Mí no cabe mudanza* (Mal. 3,6).

Dios es omnipotente: Y, ante su poder,

el de las criaturas no es más que flaqueza e impotencia.

Dios es sabio: Y, comparada con la suya, la ciencia de todas las criaturas no es más que ignorancia.

Dios es prudente: Y, delante de su prudencia, la de las criaturas no es más que insensatez y desvarío.

Dios es justo: Y, ante la suya, la justicia de todas las criaturas es viciosa: —*Y en sus mismos Ángeles halla defectos* (Job. 4,18).

Dios es santo: Y, ante su santidad, la de las criaturas, por heroica que sea, es infinitamente defectuosa: —*Sólo Dios es bueno* (Lc. 18,19).

Dios es misericordioso: Y, ante su piedad y clemencia, la de cualquier criatura es imperfecta.

Dios es hermoso, soberanamente hermoso: Y, ante su increada arrobadora belleza, la de las criaturas no es más que fealdad.

Dios es resplandeciente: Y, ante los divinos fulgores, el brillo de las criaturas, el mismo sol, no es más que oscuridad y tinieblas.

Dios es rico: Y, ante su riqueza, las de

las criaturas no son más que escasez y miseria.

En suma, *Dios lo es todo*: Y, ante su soberano acatamiento, la criatura más excelsa, la más agraciada, la más admirable, *todas las criaturas juntas, no son nada* (Sal. 38,6).

Es, pues, dignísimo de amor. Y ¡de qué amor!

¡Ah! Dios es tan digno de amor, que todos los Ángeles y todos los Santos de la Gloria no hacen ni harán por toda la eternidad en el Cielo sino amarle, y este mismo amor a Dios los hace y los hará eternamente bienaventurados.

Tan digno es Dios de ser amado, que no puede menos de amarse a Sí mismo. Y en este amor, tan necesario y tan dulce a un mismo tiempo, con que Dios se ama, está cifrada su Bienaventuranza.

Y nosotros, ¿no le amaremos?

¿Cómo le amaban los Santos?

San Francisco Javier se desabrochaba el vestido y se arrojaba al suelo, no pudiendo resistir los transportes del divino amor. San

Estanislao de Kostka se descubría el pecho, teniendo que aplicar paños mojados en agua fría, para que con este refrigerio se templara el ardor que le consumía y acababa por momentos. A San Felipe Neri se le dilató sensiblemente el corazón por la vehemencia de amor divino.

San Francisco de Sales decía: Si yo supiera que en mi corazón hay una fibra que no es para Dios, me la arrancaría al instante, arrojándola lejos de mí.

Santa Catalina de Sena, Santa Teresa, Santa María Magdalena de Pazzi y otras almas fervorosas y enamoradas de Dios como ellas, salían con frecuencia de sí por los ímpetus vehementísimos del divino amor. Santa Magdalena de Pazzi, no contenta con enardecerse en las llamas del amor a Dios, recorría a las veces el monasterio, exclamando con todas sus fuerzas: ¡El Amor no es amado! ¡El Amor no es amado!

Y nosotros, ¡no le amaremos!

* * *

NO AMAMOS A DIOS. ¿SABÉIS POR QUÉ?
Porque le conocemos poco. Los Santos le amaban tanto, porque le conocían mejor que

nosotros. Tratemos, pues, de conocerle también nosotros un poco más; y, para ello, consideremos de cuando en cuando sus divinos atributos y perfecciones; diríjase a Él nuestro espíritu, a lo menos de tiempo en tiempo, siquiera con una simple mirada — como os lo indico en esta obrita—, y a buen seguro nuestros corazones se abrasarán en las llamas del amor santo de Dios.

¡Ah! ¡Y cuánta bondad la de Dios, al permitir, siendo la Majestad Soberana, que le amen criaturas tan viles y mezquinas como nosotros, y, lo que es más, hacernos de ello un dulce precepto!

Al dar el Señor su Ley a Moisés, en la cima del Sinaí, el primer Mandamiento que promulgó fue éste: *Amarás al Señor, Dios tuyo, con todo tu corazón, y con toda tu alma, y con todas tus fuerzas* (Dt. 6,5). Y, tras esto, ordenó a todos los que formaban parte del pueblo escogido que, primero, grabaran estas palabras en lo más hondo del corazón, y que, luego, las transmitieran con el mayor celo a sus descendientes: *Y estos mandamientos míos... estarán estampados en tu corazón, y los enseñarás a tus hijos* (Dt. 6,7).

Amémosle, pues, como Él quiere ser